

Notas luctuosas

sobre la recepción periodística de la muerte de Gómez Carrillo

Francisco Albizúrez Palma

I

El presente trabajo se propone comentar algunos de los textos que contienen comentarios motivados por el deceso de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), publicados en periódicos de la ciudad de Guatemala existentes cuando falleció nuestro autor. Desde luego, tenemos en mente las limitadas condiciones socioculturales imperantes en Guatemala hacia 1927, cuando falleció en París Gómez Carrillo. Sabemos que entonces – y desafortunadamente también ahora– el número de lectores resulta por demás escaso, y no habiendo mayor demanda tampoco había –ni hay una significativa oferta editorial. Lo que sí existía en la década de los años 20 era una cohorte de escritores sobresalientes, tanto de la generación del 20 como de la de 1910, a lo cual se sumaban algunos autores que habrían de figurar en el grupo los Tepeus que, como sabemos, se convirtió en representativo de la generación de 1930. Había en la ciudad, así como en Quetzaltenango, una élite de literatos y de gente “culta” que fomentaban el desarrollo literario, cuyas manifestaciones más importantes y trascendentes se producían en el extranjero, cuando algunos de nuestros autores lograban abrirse paso en otros países, sobre todo en naciones europeas. En este sentido, recordemos nombres emblemáticos como los del mismo Gómez Carrillo, Miguel Ángel Asturias, José Rodríguez Cerna, Cardoza y Aragón. Caso aparte lo constituía Arévalo Martínez, quien sin desplazarse al exterior gozaba ya de un prestigio universal, ganado gracias a la calidad de sus obras, sobre todo de *El hombre que parecía un caballo*. (ver edición crítica: recepción). En cuanto a Gómez Carrillo, resulta ocioso recordar el prestigio universal que obtuvo desde temprana hora, así como las repercusiones que tuvieron internacionalmente sus amoríos, duelos y demás peripecias de su agitada vida.

Por otra parte, sabemos de la divulgación obtenida por sus libros, tanto en versiones al castellano como en versiones al francés. Su indudable talento y la calidad sobresaliente de su prosa lo habían colocado a la vanguardia de las letras hispanoamericanas, de suerte que su fallecimiento se convirtió en una noticia de

repercusión mundial. En Guatemala, los textos del gran prosista fueron conocidos desde temprana hora, como lo recuerda Edelberto Torres en su infaltable biografía de Gómez Carrillo. Ahí mismo nos enteramos de que el célebre cronista mantuvo siempre una vinculación con su país natal, pero la limitada cantidad de lectores hacía que sus obras carecieran de repercusión generalizada entre el grueso nuestra población. Ya se sabe que igual limitación han sufrido la generalidad de escritores guatemaltecos, aun aquellos que, ya en la segunda parte del siglo XX, alcanzaron renombre mundial. En este sentido, quiero recordar que en 1966, un año antes de que Asturias obtuviera el premio Nobel, los profesores de Lengua y literatura que enseñábamos en la Escuela de Estudios Generales de la USAC, decidimos fijar a nuestros estudiantes, que por entonces eran alrededor de mil, la lectura de una novela de Asturias. Para ello, hacía falta indagar la existencia de la obra seleccionada en las librerías de nuestra ciudad. ¿Cuál era la cantidad existente en esos negocios? La respuesta: 25 ejemplares dispersos en las modestas librerías con que por entonces contaba Guatemala.

II

Como se sabe, la teoría de la recepción ha tenido diversas manifestaciones. En principio, los postulados originales se deben a Hans Robert Jauss, en la vertiente alemana; a Umberto Eco, en la vertiente italiana, y a las ideas del "reader's response criticism", en la vertiente inglesa. Pese a las diferencias entre unas y otras tendencias, cabe afirmar que la estética de la recepción encuentra su punto focal en el lector como agente esencial en el análisis estético. En estas breves notas, conviene recordar cómo este tipo de estética no limita su campo de análisis a la literatura, pues se puede aprovechar en otras artes; de hecho, ha alcanzado fortuna en la crítica cinematográfica.

Según lo afirmado antes, el receptor del hecho estético es un ente activo, que acepta, rechaza, enjuicia, de acuerdo con sus vivencias y con su depósito cultural. Así, la obra puede recibir interpretaciones muy diversas, con frecuencia muy diferentes de la intención del artista. No estamos lejos, pues, de las ideas de Eco sobre la "obra abierta".

III

¿Qué pretendo en este trabajo? En primer lugar, comentar los textos aludidos. En segundo lugar, comentar la manera como esos autores enfocan y aprecian las obras de nuestro compatriota, o sea, cuál es la lectura que revelan de Gómez Carrillo. En otras

palabras, busco aproximarme al punto de vista sobre nuestro cronista que manifiestan estos textos.

El primero de ellos constituye la médula de la amplia cobertura brindada por el diario *El Imparcial* al deceso de Gómez Carrillo, el mismo día de su muerte. Lleva el título “Luto literario”, ocupa la cabecera de la página inicial, y se debe a la pluma de un ilustre prosista guatemalteco, José Rodríguez Cerna, nacido en el departamento de Jalapa en 1885 y fallecido en la ciudad de Guatemala en 1952. A mi juicio, la calidad de la prosa suya compite dignamente con la de Gómez Carrillo, con la diferencia esencial de que Rodríguez Cerna eligió mayoritariamente temas nativos, como lo revela, por ejemplo, su obra paradigmática, *Tierra de sol y de montaña* (1930), la cual es una de las razones por las que se le clasifica en el mundonovismo, al igual que a los narradores criollistas. En verdad, estamos ante el punto de vista de un maestro de la prosa, un creador, o como lo llama Muñoz Meany, “un artífice de la forma, un verdadero poeta en prosa”.

En principio, es muy significativa esta aseveración del escritor jalapaneco: “no fue un frívolo”. ¿Qué significa este vocablo? El *Diccionario de la lengua española* lo define como “Ligero, veleidoso, insustancial”, y, en verdad, esta significación corresponde a una de las críticas que se formularon contra Gómez Carrillo y contra los escritores modernistas en general. Rodríguez Cerna niega que aquel calificativo pueda asignarse al poeta de los bulevares parisinos, y al negarlo, está refutando que a su propia obra quepa atribuirle la calidad de frívola. Porque, en rigor, el estilo del jalapaneco –a cuyas crónicas Brañas califica como poseedoras de “acrisolada calidad artística”– lleva importantes típicos rasgos modernistas, y para corroborarlo basta con leer este fragmento tomado de su más conocido libro. Al leer este trozo, se advierte que, con ligereza, a alguien se le puede ocurrir aplicar a Rodríguez Cerna el adjetivo “frívolo”.

El Sol semanatero hace arder las procesiones que relievan estampas de la Pasión, con cálidos gentíos acompañados a ritmos musicales de liturgia al aire libre. Secas advertencias de matracas astillan el viento. A todo lo largo de las vías, se adensa la muchedumbre expectante y espectacular. El anda va colmada de flores blancas, que quisieran alzarse para suavizar la frente martirizada del Justo. Y Él sobresale y resplandece sobre cuerpos que se arrodillan y cabezas que se descubren, como suave llamarada de oro.

Poco antes de la palabra *frívolo*, nuestro autor denomina a Gómez Carrillo: “maestro en blondas y en toda suerte de suntuosas pedrerías”. Y aquí debo subrayar el vocablo *blonda*, que creo empleado no con el sentido de “*rubia*”, sino en el de “*Encaje de seda de que se hacen y guarnecen vestidos de mujer y otras ropas*”, con lo cual Rodríguez Cerna alude con elegancia a la vocación bohemia y aventurera de Gómez Carrillo. En efecto, dado que este no fue, por ejemplo, un experto en modas, pero sí un “perito en conquistas galantes”, me parece que la palabra “blondas” se refiere a las incesantes aventuras eróticas de Gómez Carrillo. Y como los encajes se emplean mucho en la ropa íntima, la connotación es más elocuente aún.

Otro fragmento esencial en el texto de Rodríguez Cerna es el siguiente:

Así, ligero siempre, incomparable todos los días, le conocieron las viejas espadas de los samuráis, las nieves infinitas de Rusia, así estuvo en las trágicas trincheras que hicieron genio a Henri Bar Crusse y en la sombra de las más íntimas alcobas, así le vio, desde lo alto de sus mármoles eternos la Grecia luminosa e inmortal.

Con estas elegantes formulaciones, Rodríguez Cerna atrapa la vocación viajera de Gómez Carrillo por medio de alusiones a símbolos representativos del viajar de nuestro cosmopolita escritor. Por ejemplo, el autor jalapaneco elige un símbolo de Japón, uno de la I Guerra Mundial y uno más que no guarda relación con los grandes hechos de la Historia o con las peculiaridades de un país (por ejemplo, los samuráis), sino con otro tipo de vocación viajera: la de un hombre “grato a Venus”, como se afirma en otro lugar de aquella nota luctuosa.

Carlos Gándara Durán (1899-1962), periodista, poeta, ensayista, fue uno de los fundadores del diario *El Imparcial*. Inaugura su texto con esta aseveración referida a la ciudad donde murió el cronista:

Y fue en la Lutecia amada de sus sueños y de su literatura; en la ciudad maravillosa que alentó su bohemia intensísima de trasnochador irredento, en aquella fronda urbana donde el ruiseñor glorioso colgó su nido y dio al viento sus mejores canciones.

La alusión a la “bohemia intensísima” es fundamental, porque, más allá de constituir un rasgo de la vida del autor, es una experiencia que abarca a los escritores del

XIX, pues, para ellos, la bohemia constituye una manera de retar al orden burgués, de examinarlo con ojos críticos. De ahí que la experiencia de la muerte y la autodestrucción son también un gesto crítico frente al acomodo social burgués (ahorro, racionalidad, planificación, etc...). ¿Y acaso la vida de Gómez Carrillo no parece un proceso galopante de autodestrucción? En este sentido, me permito aludir a un trozo de Manuel Aznar (es.scribd.com/.../Manuel-Aznar-Bohemia-y-burguesia-en-la-literatura, consultado el 20 de junio de 2012):

Genéticamente, la actitud bohemia era una actitud de inadaptación social y protesta romántica e individualista contra el capitalismo y la clase burguesa. El sistema de valores bohemios (arte, belleza, independencia, libertad, rebeldía) se oponía al código moral de la clase dominante. La actitud de rebelión y protesta del bohemio se alza contra la mediocridad y vulgaridad de la sociedad burguesa, contra la cual sólo cabe la enajenación voluntaria a través del ajeno, la droga, el burdel o el narcótico del arte. Frente a la uniformidad social, la protesta individualista del artista bohemio se expresa como fuente de liberación de su lucidez desesperada. Rimbaud o Verlaine ejemplifican esa voluntaria condición de artistas «malditos», de escritores «decadentistas» situados en los límites extremos de la marginalidad social.

En cuanto a la mención de París, denominada por Gándara Durán “ciudad maravillosa”, hemos de recordar que para los modernistas hispanoamericanos la antigua Lutecia era el epicentro del arte y las letras, la urbe en donde todo escritor debía vivir para siempre o al menos durante importantes etapas. Por eso acierta Gándara Durán al afirmar que el alma del cronista “estaba definitivamente enclavada en el casco de París que enamora su fantasía”.

La metáfora que nombra al cronista como “ruiseñor glorioso”, me parece una formulación mediante la cual se identifica al autor como un “cantor” y no como un “narrador”, es decir, como un poeta, más que como un expositor o un descriptor. Hemos de entender, entonces, que Gómez Carrillo dio salida predominantemente a la subjetividad y a la emoción, por medio de una prosa artística. Y ciertamente, según lo expuesto por el cronista sobre este tipo de prosa, sus textos se ubican más en la lírica que en otros géneros, lo cual cambia nuestro enfoque de esas obras. Desde luego, lo que afirmo encuentra cabal desarrollo en las páginas de “El arte de trabajar la prosa”, especie de manifiesto literario de Gómez Carrillo.

Y añado otra reflexión. Gándara Durán llama al célebre cronista “embajador miliunanochesco” de Guatemala, cuyo nombre ha resonado en tierras foráneas gracias a Gómez Carrillo. Lamenta que Guatemala se quede sin ese heraldo y solicita del difunto autor lo siguiente: “pide a los dioses que algún día concedan a Guatemala ostentar en la mano de uno de sus hijos ese cetro glorioso que acabas de abandonar”. Y en verdad, ya en aquellos años ese cargo no clasificado en la diplomacia convencional, empezaba a ser asumido por la voz y la pluma de Miguel Ángel Asturias.

Enrique Muñoz Meany (ciudad capital de Guatemala, 1907-París, 1951) fue uno de los intelectuales guatemaltecos más importantes del siglo XX. Sus inquietudes líricas quedaron plasmadas en un breve volumen de estampas en prosa relativas a la naturaleza guatemalteca: *Paisajes de Guatemala* (1959). Muy consultada ha sido su obra *Preceptiva literaria* (1933). Dado su año de nacimiento (1907), a la muerte del célebre cronista contaba con veinte años de edad, frente a los veintiocho de Gándara Durán y los cuarenta y dos de Rodríguez Cerna. Pero, pese a su edad, para entonces Muñoz Meany gozaba ya de especial prestigio en los ámbitos literarios.

Su artículo apareció en el *Diario de Guatemala*, y se denomina “La gloria de E. Gómez Carrillo”. De inmediato, llama la atención el nombre de “la más legítima gloria de Guatemala”. Obsérvese que Muñoz Meany no delimita el sustantivo “gloria” con algún modificador como “literaria” o “intelectual”, sino que lo deja solo, con lo cual construye una afirmación de carácter absoluto, que se ve reforzada por el adjetivo “legítima”, que aquí asume la significación de “cierto, genuino y verdadero en cualquier línea”.

El párrafo siguiente no ofrece mayores novedades, pues lo ahí formulado es una caracterización resumida de la índole de la obra del cronista en el contexto de la literatura en español. En cambio, el párrafo posterior sí manifiesta una actitud contestataria, pues enfoca un tema que suscitó actitudes de radical patriotismo, como lo es el cambio de nacionalidad. Muñoz Meany califica como “imbéciles” a quienes, con el argumento del mencionado cambio, han pretendido demeritar a Gómez Carrillo, cuya “gloria de artista quedará por siempre inmarcesible”, en palabras de Muñoz Meany. Y el comentarista invoca, en pro de nuestro cronista, el ideal panamericanista, y sobre esa base asevera que ¡Para Bolívar no habría habido cambio alguno, el gran escritor seguía siendo iberoamericano!”.

Según hemos apreciado en este recorrido por tres artículos de prensa escritos por importantes escritores guatemaltecos, el deceso del cronista insigne dio pie para el asomo de puntos de vista de gran peso relativos al gran poeta de la prosa. Diríamos que tres plumas insignes expusieron con pulcro estilo una serie de conceptos por demás sobresalientes. Y la verdad es que no cualquier literato guatemalteco, al fallecer, ha sido saludado de manera tan consistente. Desde luego, tengo muy claro que esta recepción provino de una élite sumamente culta, y que, en el chapín común y corriente, la muerte de Gómez Carrillo no generó mayores reacciones, porque, en fin de cuentas, no conocía su literatura. Igual sucede hoy: los triunfos o el deceso de un escritor constituyen hechos que no le dicen nada a los millones de compatriotas que no saben leer o que carecen del hábito de hacerlo.

Ciudad de Guatemala, junio de 2012